

Una inquietante extrañeza: la visión de la España del año 1808 en los testimonios napoleónicos, entre la alianza desigual y la guerra abierta

JEAN-MARC LAFON
ESID, FRE 3016 du CNRS
Université Montpellier III

Résumé

La lecture des témoignages (journaux de marche, lettres, mémoires) des officiers et soldats impériaux, entrant dans la Péninsule entre l'automne 1807 et le printemps 1808, révèle leur perplexité et leur désarroi sitôt la frontière franchie. Leur vision reproduit largement celle des voyageurs étrangers du XVIII^e siècle, insistant sur l'arriération économique et culturelle. Néanmoins, y apparaissent quelques notes nouvelles, attestant d'une nouvelle sensibilité préromantique. Elle permet surtout de détailler la dégradation des relations entre les «alliés officiels», en proposant un nouvel éclairage sur les raisons de l'échec de la tentative napoléonienne durant l'été 1808.

Mots-clé

Guerre d'Espagne (1808-1814); Témoignages; Stéréotypes nationaux; Altérité; Imaginaire politique.

Abstract

Readings from the testimonies (diaries on the march, letters, memoirs) by imperial officers and soldiers of the French Empire who entered the Peninsula between autumn 1807 and spring 1808 reveal how perplexed and disconcerted they were almost as soon as they crossed the border. Their view broadly backs up that of the 18th century travellers from abroad, emphasising once again the economic and cultural backwardness of Spain. However, some new notes also appear in these texts that bear witness to a new pre-romantic sensitivity. Above all, these readings allow us to detail the decline in the relations between the "official allies" and cast new light on the reasons for the failure of the Napoleonic venture during the summer of 1808.

Key-words

Peninsular War; Testimonies; National stereotypes; Otherness; Political imagination.

Ya empezado el siglo XX no parecía natural, todavía, que españoles estudiosos de la Guerra de la Independencia usasen testimonios de oficiales y soldados napoleónicos. Lo manifiesta la ambivalencia con la cual Farias Velasco abordaba tal tema, subrayando a porfía el

carácter maniqueo, simplista y de cortos alcances de estos documentos, en su conjunto (eran 41 la base de su libro): no hacían sino reproducir ciegamente una propaganda imperial muy influida por la “leyenda negra” (Farias Velasco 1919: 13-35).

Hoy, se ha trastocado la perspectiva; es precisamente lo subjetivo, lo íntimo que trasluce de ellos -estrechamente interrelacionados sin embargo con su contexto sociocultural de elaboración y producción¹- lo que constituye la baza de un historiador algo desilusionado. Alan Forrest fue pionero en revelar la riqueza de las cartas de soldados rasos imperiales (Forrest 2002: 27-52), y tampoco dudaron varios historiadores ibéricos (M. Moreno Alonso, J. de Haro Malpesa, F. L. Díaz Torrejón, entre otros) en utilizar fuentes narrativas procedentes del “enemigo”. Por su naturaleza emocional y evolutiva, pueden ayudarnos a entender mejor la especificidad de un conflicto precozmente percibido como “anormal” en el ámbito napoleónico de guerra relámpago (Lafon, 2006 a: 5-29)

Aquí nos permiten analizar el evidente choque cultural ocurrido entre octubre de 1807 (llegada pacífica de tropas imperiales, con el motivo de la conquista y partición del Portugal) y el verano siguiente (paso a la guerra abierta), cuyos efectos resultaron determinantes, pero no irremediables, para la continuación del conflicto. Cartas y notas cotidianas (diarios de campaña de Tascher, François², Rattier entre otros) hacen posible medir y fechar la evolución de este proceso. Un joven noble polaco no dudó en manifestar su sorpresa frente al país que descubrió tan diferente de la España soñada en sus lecturas esmaltadas de hidalgos altivos, guitarras, hermosas señoritas manejando sus abanicos con exquisita gracia... [Brandt: 12-13]³. Su reacción era a la vez compartida, por su asombro, y excepcional por sus “conocimientos” previos del país.

De hecho, la mayoría de los soldados del inicial Ejército napoleónico de España eran reclutas de las quintas de 1808 y 1809 concedidas al Emperador por un Senado complaciente; y sus oficiales, jóvenes sin experiencia y algunos retirados que se tomaron a los cuadros de las *compagnies de réserve départementales*. Pues casi todos tenían un horizonte muy limitado, el de su patria chica: aldea en una Francia entonces esencialmente rural o incluso barrio urbano. Solían mantenerlo gracias a la estructura departamental del reclutamiento de las cohortes y a sus frecuentes cartas al hogar (Petiteau, 2005: 286), siendo los pocos letrados memorialistas para sus camaradas. Pero hay que reconocer que los pocos veteranos -mucho más presentes a finales del año, detrás del Emperador- sintieron similar desconcierto.

Eso ya suponía una clara divergencia frente a los viajeros “profesionales” del siglo

1 «Tout comme l'historien construisant son objet, le témoin produit lui aussi un tri, un scénario une vision du réel. Sa vision est bridée par ses propres catégories de perception, par le jeu interactif entre les correspondants, par la position qu'il occupe sur l'échiquier social et par la compétence à se jouer des codes, à s'y conformer et à les détourner. (...) La correspondance fonde avec ses formes spécifiques d'énonciation, un mode d'être entre soi, un instrument d'identification et de cohésion » (Dauphin 2002: 47).

2 Además son parcialmente paralelos los *Diarios* de Tascher y François al atravesar la Mancha y llegar a Andalucía en el mismo momento.

3 Por razones de espacio, he preferido traducir directamente los extractos testimoniales en el texto, señalando entre corchetes el texto original de procedencia.

XVIII (que sean negociantes, científicos contratados o turistas) ambos procedentes de las élites europeas. Sin embargo, oficiales y administradores – algunas veces los suboficiales también – solían tener contactos cotidianos con los autóctonos, siendo alojados en sus casas, mientras que la tropa vivía aparte, en cuarteles lejanos o conventos requisados. Una dificultad suplementaria era la incomprensión lingüística con la falta general de intérpretes que se debía paliar por varios medios, generalmente el uso de una “lengua franca” mezclando italiano, alemán y gestos, o latín para los oficiales más cultos (Hantraye, 2005: 620-621).

Veremos, pues, cómo evoluciona el sentimiento general de extrañeza, nada más cruzada el Bidasoa, hacia una inquietud difusa. Esta concernía a una población tanto más convencida de traición cuanto las intrigas de su Jefe les impedían, a su pesar, sospechar de los invasores, y población gravemente perjudicada además por suministros sin número, que eran exigidos, despilfarrados e incluso robados antes que pedidos con formas, como era de esperar entre aliados (Lafon, 2008).

La España diferente descubierta por sus “aliados” napoleónicos

Al llegar a Irún [siento no tener testimonios por Cataluña durante la primera fase de la “invasión”], todos los militares franceses manifiestan claramente que entran en otro y exótico universo. «Todo me anunciaba que ya no era en Francia (...)» [Girod de l’Ain: 89], haciendo especial referencia a las mujeres sólo vestidas de negro. «Por lo que toca a España, nada parece a lo que se ve por otras partes. A cuatro leguas de Bayona, se creería a mil leguas de Francia» [Levasseur 1917: 122-123]. Como en el siglo pasado, cruzar la frontera suponía adoptar lentes de aumento.

Pues en mayoría, pronto insistían sobre puntos mucho más peyorativos para el país vecino. El urbanismo les parecía muy deficiente, con calles estrechas, sinuosas y mal empedradas, falta de alumbrado público así como de alcantarillas. Es significativo al respecto la admiración de un cabo frente a La Carolina, población andaluza recientemente creada por Olavide y conforme a la estética neo-clásica: «De manera opuesta a muchas ciudades de España, todo esta en orden, y además de bien construidas, las casas son alineadas del modo más regular» [Delrœux 1964: 471; también François 2003: 573]; reproducían sin saberlo un tópico de los viajeros ilustrados (Pérez de Colosía Rodríguez, 1988: 121-150).

De igual modo, eran pésimas las comodidades en las casas particulares donde tenían que alojarse. Aquí, además del poco mobiliario y de las ventanas privadas de cristales, sobre todo se quejaban de la ausencia de chimeneas y de la abundancia proporcional de braseros por las habitaciones, hasta en Madrid capital [Béchet de Léocour 2000: 314]. Les juzgaban tan ineficaces contra el frío [Girod de l’Ain 1873: 116; Boulart 1892: 185] como nocivos por los dolores de cabeza que suscitaban [Broekere 2004: 93]. «(...) En este país, que al respecto parece encontrarse dos siglos detrás del nuestro, no se conocen ninguna de las comodidades

de la vida» [Tascher 1933: 64]. También condenaban la cocina autóctona, caracterizada por ajo, pimientos y aceite de oliva maloliente. Además, no había nada que comer en las famosas posadas, a menos de llevar uno consigo sus propios alimentos [François 2003: 543; Oyon 1997: 93] según una tradición ya ilustrada por Cervantes. De hecho, muchos restaurantes y cafés franceses se abrieron al paso de los ejércitos imperiales, en cada ciudad conquistada [Barrès 1997: 131; E. Blaze 1906: 61; Rattier 1894: 326...], pero sus precios les hacían inaccesibles para la mayor parte de ocupantes cuyos sueldos siempre se pagaban con retraso significativo, cuando lo eran... A unos pocos no les gustaba el vino, por estar contenido en botas de pellejo [Boulart 1892: 185]. Otros muchos lo juzgaban sobretodo demasiado fuerte o alterado, y eso nutrió precoces -y vanas- sospechas de envenenamiento en Madrid [Larrea 2004: 575]; también evocó el tema un joven voluntario de Landau desde junio de 1808, en una aldea del Centro de España (Buck 2001: 316).

La suciedad repelente de los habitantes se volvía un leitmotiv, con peculiar insistencia sobre la multitud de piojos, pulgas y chinches. Ya lo notaba un primo de la Emperatriz en su *Diario* desde marzo de 1807 [Tascher 1933: 63]. Y a fines del verano del mismo año, otro oficial lo subrayaba en los alojamientos preparados en cada una de las diez etapas que hizo entre Irún y Burgos: «Para procurarse un sueño sosegado, tendrá que destruir una multitud de animalitos de varias especies que adornan la cabeza o el jubón de los nativos, pero que entre franceses resultan un objeto de repugnancia y vergüenza» [Oyon 1997: 94]. «(...) Los habitantes parecen muy sucios y minados por la miseria; al cruzar una calle, piojos cayeron por las ventanas de los que estaban mirándonos (...)» [Delrœux 1964: 467]. «¡Cuidado los piojos y las pulgas! (...). Levantan la paja en los cuarteles. Los piojos tienen dientes y se pasean como hormigas en el pavimento» [Coignet 1968: 209] al recordar una precedente estancia en el país; también Marcel 2003: 9 y Gonneville 1895: 96].

Se asociaba esto frecuentemente con una pobreza generalizada, visible a través de una muchedumbre de mendicantes y ociosos vestidos de harapos, actividad prohibida y perseguida en la Francia napoleónica, pero entretenida aquí por las perniciosas limosnas de conventos innumerables y de la nobleza [Oyon 1997: 97]. Aparece aquí un nervio algo desconocido del levantamiento, el clientelismo, en un Antiguo Régimen caracterizado por sus considerables redes familiares e interclastas (Castellano-Dedieu 1998: 1998). Durante el verano de 1807, el conde de Montijo presumió de movilizar 12000 hombres, entre milicianos y jornaleros, contra Godoy en sus dominios andaluces; el clan valenciano de los Bertrán de Lis organizó del mismo modo una milicia privada de unos 500 hombres en marzo de 1808, esta vez contra la amenaza francesa (Lafon 2004: 573-574).

La influencia desproporcionada de la religión inspiraba numerosas descripciones de iglesias y catedrales. Su esplendor gótico o barroco, sus ricos adornamientos suscitaban el rechazo, en nombre de la sencillez y renunciación neo-clásicas; además se juzgaban como tantos despilfarros de dinero, que hubieran sido mucho más provechosos en socorros a los

pobres o edificios de beneficencia, de conformidad con la visión utilitarista de las Luces [Tascher 1933: 67-68 y 83]. También tenía una dimensión sonora, con el tañido regular de las campanas, que fuera percibido como música agradable [Tascher 1933: 86] o mero estrépito [Boulart 1892: 186 y 193].

Así resultaba muy duro el retrato pintado por nuestros testigos, salvo pocas excepciones como las carreteras reales bien conservadas [Tascher 1933: 65 y 68] por las obras de creación de un sistema radial realizadas durante el reino de Carlos III (Aymes 1998: 60-61) o el buen cultivo de las tierras vascas [Dufour 1888: 103]. Reproducía casi al idéntico el discurso ilustrado de los viajeros extranjeros sobre la ciudad española [Herrero-Goulemot 2002: 317]. En el mismo instante se indignaban por la “arrogancia” y el “orgullo” manifestados por tales desgraciados (¿posibles reminiscencias de los pícaros e hidalgos hambrientos del Siglo de Oro?). Pero se perciben también algunas notas nuevas, como algunas descripciones prerrománticas de paisajes atormentados, la insistencia sobre la naturaleza oriental del Español, que sea de modo despreciativo [Trillón 1998: 31] o científico [Larrea 2004: 523 y 580⁴] y el gran interés por las costumbres y sociabilidades populares, bastante significativo según nuestra perspectiva.

Veamos algunos ejemplos al respecto. Según una carta escrita en Burgos hacia noviembre de 1808, «no es extraordinario ver por las calles e incluso por los paseos más frecuentados personas quienes, sin ser miserables, se espulgan mutuamente (...) no se puede decir que estas son maneras muy agradables» (Lagrave 1993: 70⁵). «Cree [el hombre del pueblo] honrar un extranjero cuando bebe con él y si le estima digno de sí, le ofrece un cigarro de papel o de paja que quita de su boca sucia, favor que me hicieron varias veces y que yo rechazaba» [François 2003: 544]. Otro señalaba que los españoles solían eructar ruidosamente, después de comer, para manifestar su hartazgo, antes de concluir que «Los españoles no tienen ni la más remota noción de la vida mundana y de las relaciones sociales, pues es algo totalmente ajeno a ellos» [Broekere 2004: 99].

Esto demuestra en primer lugar que los franceses no entendían -e incluso no querían hacerlo- esta sociabilidad extravertida y exteriorizada, cuyo más relevante símbolo era el arraigamiento de la religiosidad barroca en todas las categorías sociales (Lafon 2004: 120-123), excepto una minoría de clérigos, altos funcionarios e intelectuales destacados de sensibilidad jansenista. Los franceses generalmente despreciaban esas frecuentes devociones, que juzgaban superficiales, maquinales, fingidas e incluso hipócritas [Boulart 1892: 190; S. Blaze 1828: I, 73; Tascher 1933: 65, 70, 99; Broekere 2004 118-119].

Además hay que referirse aquí a los análisis de Norbert Elias sobre la facilidad de considerar al otro como bárbaro por nuestro malestar cuando aquél evoca o cumple sus funciones físicas sin pensar en ocultarlas o reprimirlas (Elias 1969: 85-86). Y todavía no se trataba

4 Lo hace con paralelismos arquitecturales y urbanísticos entre las ciudades españolas y Alejandría (que bien conoció durante la expedición de Egipto) ambos casos de adaptación al sol, o sobre los vestidos de los campesinos.

5 R. Lagrave redactó una novela de índole costumbrista, en torno de 16 cartas auténticas de su protagonista, el campesino Joseph Vachin, que se encuentran en el Archivo Departamental de la Lozère, F 424.

de motivaciones higiénicas (Elias 1969: 163-166), salvo entre unos pocos médicos [Dufour 1888: 103] aprovechando un contexto guerrero favorable a la experimentación científica, con el problema recurrente de la *pourriture d'hôpital* (Aymes 1996: 269-295; Lemaire 1999: 107). También subrayaba el tema de “civilización” -o sea la convicción anclada de superioridad de una sociedad conseguida al cabo de un largo proceso de tener a raya lo animal- como fundamento moral del expansionismo revolucionario y sobretodo napoleónico (Elias 1969: 72).

Pues para el general de artillería Boulart, hecho barón por el Imperio [Boulart 1892: 185], ya no cabía la menor duda al escribir a su mujer: «Allí la civilización está retrasada en varios siglos, aun queda algo salvaje en sus costumbres». Buen índice de ello le parecía la falta de personas hablando francés en Irún misma, contrariamente a lo que se practicaba usualmente «en las ciudades más remotas de Alemania» [Boulart: 185]. Para un joven noble lector de Rousseau, incluso constituía una verdadera paradoja: «Una cosa aun digna de notar, es el grado de corrupción alcanzado por los españoles en el seno mismo de la barbarie, y sin haber sido conducidos allí por el perfeccionamiento de la civilización, a semejanza de otros pueblos» [Clermont-Tonnerre 1893: 458].

Por lo tanto, no se trataba de una mera reactivación de la “leyenda negra”⁶, aunque aparecen aquí y allí, sobretodo a partir de finales de 1808, juicios despectivos relacionados con la Inquisición, la conquista de América o la represión de Flandes [Marcel 2003: 38; Gonville 1895: 97...]. La reacción de los militares imperiales distaba mucho de ser tan homogénea y “automática” como lo pretendió Rafael Farías Velasco.

De modo general, los combatientes polacos diferenciaban el pueblo llano, valiente y patriota, de aristócratas decadentes y afeminados [Chlapowski 1908: 77; Daleki 2004: 68-69; Mroziński 2004: 145]. Era el fruto de una mezcla curiosa de ferviente cristianismo compartido, idealización nacionalista y complejo de culpabilidad por su tarea represiva en contra del patriotismo español (Kieniewicz 1988: 167-176). Observadores prerrománticos, tales Tascher o Rocca, tampoco condenaron la actitud popular, pero también resultaban fascinados y asqueados a la vez por la violencia extrema y la crueldad desplegadas en el levantamiento, sobretodo tratándose de actos femeniles (Lafon 2006b: 565 y 569). Frente al rechazo cultural español, varios franceses se dedicaron a aprender su idioma, con verdadero entusiasmo, tales Apollinaire Fée o Abel Hugo (Hantraye 2005: 629-630). Pues las numerosas cartas editadas de oficiales y soldados napoleónicos (Fiaron-Heuse 1936: 196; Charrié 2004: 176) desvelan cierta ambivalencia, no totalmente sorprendente, con respecto a su temporada española.

La sorda difusión de la inquietud

De modo general, es bien sabido que la extrañeza suscita inquietud: ya lo hemos verificado por el sabor del vino; y los rumores, tan precoces como erróneos de envenenamiento

6 Concepto además demasiado monolítico para calificar la visión extranjera de España [García Cárcel 1998].

que provocó, -resultarán fundados en Cataluña en el transcurso de 1812 por las maniobras del general Lacy.

Sin duda fortaleció este sentimiento la incertidumbre reinante entre los franceses sobre las razones y los objetivos reales de su presencia en España [Boulart 1892: 184 y 188; Oyon 1997: 92; Quantin 1823: I, 37]. Hasta principios de marzo de 1808, entre los imperiales, «Hablan todos y nadie sabe cualquier cosa» [Tascher 1933: 67]. Así como el inevitable malestar provocado por la adopción, desde el 16 de marzo en Medina [del Campo], de precauciones militares al caminar dentro de un país aliado [Tascher 1993: 70-71]. También sintieron mala conciencia o remordimiento algunos de los últimos llegados por el apoderamiento trapacista de las fortalezas fronterizas (Pamplona, Figueres, fuertes de Barcelona...) entre el 16 de febrero y el 18 de marzo del año ocho.

Pues marzo de 1808 fue el momento crucial para la degradación de las relaciones hispano-francesas. Además de las noticias de ocupaciones de ciudades españolas y de entrada del ejército imperial del general Miollis en Roma para raptar al Papa, a lo largo del eje Irún/Madrid, la población sufría suministros considerables por parte de unos 100000 militares imperiales (Hocquellet 2001: 24-25), o sea más del cuádruple de los contingentes previstos por el tratado de Fontainebleau (27/10/1807), y sin el acuerdo previo de Carlos IV.

En adelante estaba generalizándose el recelo entre los españoles: por ejemplo, un campesino navarro fechaba sus primeras sospechas de la toma de la ciudadela de Pamplona [Espoz y Mina 1961: I, 9]. Contrastaba con una actitud inicialmente apática, indiferente o amable frente a los militares imperiales, manifestada ésta a través de varios ejemplos de convivencia tanto oficial y pública como privada [François 1993: 548-549, 551; Tascher 1933: 79-80 y 81; Quantin 1823, I, 39]. Aquí los “Diarios” personales (y relatos precoces) se revelan de mayor fianza que los “Recuerdos” posteriores, donde se machacaban ideas xenófobas, como los relatos del sargento de caballería Oyon.

El pueblo español -extraño ya tanto por sus capas negras e inmensos sombreros [Tascher 1933: 64; Oyon 1997: 97; François 2003: 543]⁷, abastecedores de anonimato, como por sus alpargatas “primitivas” [François 2003: 543; Tascher 1933: 71], su tez morena y aire generalmente sombrío- se percibía cada vez más peligroso. Se confirmaban recelos anteriores sobre el fanatismo y la violencia del populacho [Oyon 1997: 97; Tascher 1933: 78, 80 y 83]; en esto la visión francesa, muy favorable a las élites, se diferenció claramente de la polaca. La tendencia habitual a navajas y estiletos [Broekere 2004: 88; François 2003: 543; Tascher 1933: 78; Boulart 1892: 190], así como su habilidad y su supuesta prontitud en emplearlos para vengarse de la menor afrenta, lo simbolizarían en adelante. Además, su afición por la corrida, entretenimiento peculiar del país, traicionaba su inclinación hacia la crueldad [Boulart 1892: 187; Larrey 2004: 525; Broekere 2004: 129⁸]. Tan similar espectáculo parecía bárbaro

7 El vestido tradicional mismo cuya tentativa de prohibición ilustrada fue la causa inmediata del motín de Esquilache en marzo de 1766.

8 En realidad, fue un evento excepcional (ya que se prohibía la corrida desde 1805 por orden de Carlos IV) en honor del nuevo soberano, Fernando VII.

hasta en las periferias meridionales de la Francia napoleónica. Así lo reconocía el subprefecto de Oloron (Pirineos Atlánticos) desde octubre de 1801: «Las órdenes más imperativos me fueron comunicadas de oponerme a semejantes distracciones, indignas de una nación civilizada» [Cailleau: 153].

Por lo tanto, hay que rechazar una visión teleológica de los acontecimientos que insistiría en la necesidad del levantamiento, incluso después de la represión ejercida por Murat el tres de mayo, apogeo de la desconfianza mutua. No obstante, para el mismo observador atento y curioso, quién multiplicó investigaciones sobre la real dimensión de los sucesos madrileños, la alianza franco-española seguía siendo válida el 26 de mayo, ya que iban a socorrer a Cádiz, que decían bombardeada por una escuadra inglesa [Tascher 1933: 95]. Se trataba de un rumor, lo que revelaba a la vez la atmósfera bastante caótica reinante durante el mes de mayo de 1808 y la importancia de la tradición oral en la España del tiempo (Almuiña Fernández 2003).

Las primeras advertencias ocurrieron como sucesos, puntualmente notados al lado de otras circunstancias por algunos testigos, tales una riña entre soldados franceses y algunos ciudadanos y jinetes del Regimiento de la Reina en Valladolid hacia el 7 de marzo [Tascher 1933: 69], un inicio de motín en Ocaña el 14 de abril, con dos cazadores a caballo heridos de gravedad [Tascher 1933: 83], el asesinato gratuito de un capitán de *voltigeurs* por su hospederero y familiar, el párroco de Carabanchel, el 21 de abril [François 2003: 556] o la muerte violenta de muchos rezagados y aislados.

Aparecían incidentes más relevantes cuando el narrador tuvo parte en ellos. Uno reveló como fue atacado con sablazos en Segovia por dos soldados de la guarnición disfrazados en la tarde del 22 de marzo [François 2003: 552], hecho revelador de los disturbios en las fuerzas armadas españolas a pesar de las órdenes oficiales de convivencia con el aliado francés. El más interesante, sin embargo, fue el suceso siguiente: un suboficial de dragones asistió impotente al homicidio nocturno de un artillero francés aislado y desarmado en Burgos en la primavera de 1808 [Oyon 1997: 95-96]. Su relato dramático pone de relieve la complicidad tácita entre varios habitantes: su hospederero burgués, quien le dejó encerrado en su casa, la vecindad por su inacción, y hasta un centinela por su negación de lo ocurrido; lo que justificó la total impunidad de los asesinos.

También se notaban otros hechos más insidiosos, ya que podían suponer un fenómeno de rechazo de amplitud mayor y sobretodo calculado, durante este mismo período (marzo-abril de 1808). Ya a fines de febrero, se notaba una gran turbación en Segovia, fomentada por los alumnos del Real Colegio de Artillería, con el propósito de impedir la entrada de las fuerzas imperiales en la ciudad [Delrœux 1964: 468]. A principios de marzo, salieron clandestinamente la mayor parte de los miembros del colegio de artillería de Zamora, con algunos ciudadanos, para juntarse con grupos hostiles formándose en el sur del país [François 2003: 549]. En ambos casos, el papel principal de los artilleros, élite intelectual del ejército

español del tiempo, sobre pasaba la mera coincidencia. Podría tratarse de las primeras ramificaciones de la confabulación de los artilleros, precozmente constituida en Madrid en torno de los capitanes Pedro Velarde y Luis Daoíz, con el propósito de organizar un levantamiento general contra los franceses (Montón 1983: 66-72⁹).

Pero la ruptura decisiva se hizo al reprimir ferozmente Murat a los insurrectos madrileños el Tres de Mayo, según el modelo napoleónico ya comprobado en casos similares, tales el motín del Cairo en octubre de 1798. «Los españoles están convencidos que las tropas francesas sólo esperan la señal para quemar la ciudad o saquearla; y nuestros soldados siempre creen sentir el frío del acero en su espalda, al encontrar un habitante» [Tascher 1933: 94]. Desde ese momento, se difundió entre los imperiales el tema obsesivo de las “vísperas sicilianas”, así como una variación menor, la noche de San Bartolomé, como sinónimos de un levantamiento premeditado con fuerte carácter religioso (toque de alarma) y violencia selectiva (con señales sobre las casas ocupadas por franceses)¹⁰. O sea, respectivamente, 9 y 2 menciones manifiestas [Chlapowski 1908: 74-75; Tascher 1933: 88; Quantin 1823: I, 105; *L'infatigable* 1999: 161; Boulart 1892: 192; Oyon 1997: 159; Grivel 1914: 150; Gille 1893: 74-75; Delrœux 1964: 470; Tascher 1933: 89 y 93] para la primavera de 1808 (sin contar las alusiones más o menos claras) en el corpus documental de 138 testimonios imperiales constituido desde la preparación de mi tesis.

Por supuesto, ambos temas son románticos, y como tales participan en la nueva visión de España favorecida por la Guerra de la Independencia: así se encuentran las vísperas sicilianas en la novela corta de Balzac *El verdugo* (1830) o bajo la pluma de G. Sand, escribiendo sus Memorias en 1847¹¹. Pero ya figuraban en relaciones inmediatas [Tascher, François] o muy precoces [Quantin]. Además de la explicación/coartada del levantamiento calculado¹² para justificar su fracaso inicial (ante el Emperador pero sobretodo ellos mismos), pienso pues que traducían un real sentimiento obsidional. Los imperiales se sintieron inmersos en un país hostil y en una atmósfera de guerra santa espontánea (Lafon: 2008). Parece relevante que las mayores angustias al respecto se focalizaban sobretodo en torno de las procesiones del día del Corpus, ya fuese en Toledo [Delrœux y Gille, este mencionando las marcas en las puertas de las casas donde se alojaban oficiales franceses¹³], en Valverde cerca de Madrid [Boulart] o en Lisboa [Oyon]. También lo traducían las metáforas ligadas a la erupción volcá-

9 El libro de J. C. Montón mezcla análisis novadores, que no obstante necesitarían investigaciones suplementarias (por ejemplo, sobre el dicho complot de artilleros) y paginas anecdóticas e impresionistas, de fuerte índole nacionalista.

10 Al menos en el relato historiográfico de las Pascuas sicilianas de 1282 construido a fines del siglo XV (Bénger 2005: 149, y 146 por las señales discriminatorias).

11 «Caminábamos en la línea protegida por los ejércitos franceses, es verdad; pero en ninguna parte estaban los franceses fuera del alcance de nuevas vísperas sicilianas» [Sand: I, 181].

12 Hoy aparece bastante seguro el papel del “partido fernandino” en algunos de los focos mayores de la insurrección (Hocquetlet 2001: 91-96) o incluso en todos (Frazer 2008: 57-59).

13 Sin embargo, parece que los Imperiales fueron los primeros a usar la marcación con equis durante el Dos de Mayo, para señalar las casas en donde se tiraban sobre ellos (Monton 1983: 128].

nica, expresando tanto el carácter ineluctable del fenómeno como la impotencia napoleónica [Tascher 1933: 89, 93].

Conclusión

Se podría cerrar el círculo de las representaciones imperiales del inicio de la Guerra de la Independencia con una canción notada por un farmacéutico militar francés [Jacob 2005: 103] al momento de salir definitivamente de España, en mayo de 1812.

Al regresar dando tumbos,
Arre burro, Arre burra,
He visto de nuevo la Bidasoa,
Pero nunca jamás la cruzaré de nuevo,
O el Diabolo me llevará.
Arre burro, Arre burra.

Además de implicar cierta aculturación de los franceses (Hantraye 2005) por su lenguaje mixto, esta canción suponía un rechazo explícito de la epopeya imperial, como otras de intención crítica similar, una *Chanson de conscrit du Vivarais* o una parodia de la *Sentinelle* compuesta durante el bloqueo de Cádiz (Pigeard 2000: 351-352; Lafon 2004: 550-551). Sobretodo aparecía novadora al adoptar el vocabulario de los arrieros y al exaltar cierta sabiduría popular, tanto más que la relató un mediador cultural privilegiado, además miembro de la institución militar más crítica frente al Emperador [Jacob: 80].

Así se nota un resbalamiento del interés, de las actividades económicas hacia la gente, sus modos de hablar y costumbres, de modo general todo lo pintoresco, propio del ojo romántico (Petiteau 2005: 288). Pues expresaba una mezcla de desprecio y fascinación frente a España peculiar de la nueva estética dominante. Sin embargo, siempre constituía Irún la frontera con otro universo (Aymes 2003) no muy diferente de lo visto por los militares imperiales pero percibido esta vez de manera muy positiva por los nuevos viajeros, entre 1814 y 1850.

El otro interés de los testimonios imperiales al empezar el conflicto es subrayar la importancia de lo mítico y de lo imaginario en la historia política, lo que corresponde por lo demás con el renuevo historiográfico encarnado por André Reszler, Raoul Girardet o Lucian Boia, entre otros. El rechazo español se tradujo en violencias extremas que sin embargo empezaron por afligir a algunos miembros destacados del Antiguo Régimen antes de extenderse a residentes o militares franceses; produjo un terrible miedo entre un ejército imperial demasiado inexperto e incapaz de conducir una dura pacificación, con resultados funestos. En esta perspectiva, el acontecimiento crucial no fue la derrota de Bailén sino el abandono precipitado y sin reales motivos de Madrid por el rey José y la retirada consecutiva detrás del Ebro. El 16 de junio de 1808, el Emperador escribió al mariscal Bessières algunas palabras premonitarias al respecto: «Los movimientos retrógrados son peligrosos en la guerra, nunca

deben ser usados en una guerra popular: la opinion actua mas que la realidad»[Napoleón 1864: XVII, 364].

Así se aceptaba ciegamente la “superioridad” enemiga, tan increíble de parte de unos “bárbaros y fanáticos”, se perdían las ventajas duramente pagadas en el ya simbólico sitio de Zaragoza, las élites tradicionales por principio muy reluctantes en su mayoría acabaron por adherirse a la insurrección. Europa esclavizada se convenció pronto de que el Emperador ya no era invencible, y por fin Inglaterra propuso su ayuda financiera y material a los insurrectos.

Referencias bibliográficas

1. Fuentes (entre paréntesis, fecha de la primera edición)

- BARRÈS, Jean-Baptiste, 1997, *Souvenirs d'un officier de la Grande Armée*, Paris, Livre à la Carte (1923).
- BÉCHET DE LÉOCOUR, Louis, 2000, *Souvenirs*, Paris, Teissèdre.
- BLAZE, Elzéar, 1906, *Souvenirs d'un officier de la Grande Armée. La vie militaire sous l'Empire*, Paris, Fayard (1837).
- BLAZE, Sébastien, 1828, *Mémoires d'un apothicaire sur l'Espagne pendant la guerre de 1808 à 1814*, Paris, Ladvocat, 2 vol.
- BRANDT, Heinrich von, 1877, *Souvenirs d'un officier polonais. Scènes de la vie militaire en Espagne et en Russie (1808-1812)*, Paris, G. Charpentier.
- BROEKERE, Stanislas, 2004, «Memorias de la guerra española», *Soldados polacos en Espana durante la Guerra de la Independencia española (1808-1814)*, F. Presa González, G. Bağ, A. Matyjaszczcik Grenda & R. Monforte Dupret (Eds.), Madrid, Huerga & Fierro, p. 85-140.
- BOULART, Jean-François, 1892, *Mémoires militaires du général baron... sur les guerres de la République et de l'Empire*, Paris, Librairie illustrée.
- CAILLEAU, François, 2003, *Oloron sous le Consulat et le Premier Empire. Mémoires du sous-préfet... (1800-1811)*, J. Staës (Ed), Oloron-Sainte-Marie, Monhélios.
- CHARRIÉ, Pierre, 2004, *Lettres de guerre 1792-1815*, Nantes, Éditions du Canonier.
- CHLAPOWSKI, Désiré, 1908, *Mémoires sur les guerres de Napoléon*, Paris, Plon.
- CLERMONT-TONNERRE, Gaspard de, 1983, *L'expédition d'Espagne (1808-1810)*, Paris, Perrin.
- COIGNET, Jean-Roch, 1968, *Cahiers*, Paris, Livre de poche (1851-1853).
- GIROD DE L'AIN, Jean-Marie Félix, 1873, *Dix ans de mes campagnes militaires*, Paris, Dumaine.
- DALEKI, Andrzej, “Memorias de mi padre, soldado del noveno Regimiento del Ducado de Varovia. La guerra española”, *Soldados polacos..., ob. cit.*, p. 41-85.
- DELRÈUX, Martial Joseph, 1964, «Souvenirs du caporal...», Théo Fleischmann, *L'épopée impériale racontée par la Grande Armée*, Perrin, p. 449-525.
- DUFOUR, Léon, 1888, *Mémoires d'un savant français à travers un siècle, 1780-1865*, Paris, Rothschild.
- ESPOZ Y MINA, Francisco, 1961, *Memorias*, BAE (1835).
- FRANÇOIS, Charles, 2003, *Journal du capitaine...*, Paris, Tallandier (1903).
- FAIRON, Émile & HEUSE, Henri, 1936, *Lettres de grognards*, Liège/Paris, Benard/Courville.
- GILLE, Louis François, 1893, *Mémoires d'un conscrit de 1808*, Paris, Victor Havard.
- GONNEVILLE, Aymar Olivier de (1895), *Souvenirs militaires du colonel...*, Paris, Perrin (1875).
- GRIVEL, Jean, 1914, *Mémoires du vice-amiral baron...*, Paris, Plon.

- INFATIGABLE, 1999, “De Madrid à Cabrera par un caporal de la division Mouton Duvernet dit...” in *Du Tage à Cabrera*, Teissèdre, p. 158-181.
- JACOB, Pierre-Irénée, 2005, *Les carnets de route de...*, pharmacien de la Grande Armée (1805-1814), Communac, Éditions du Roure.
- LAGRAVE, Roger, 1993, *Joseph Vachin, enfant du Causse Méjean et soldat d'Empire*, Saint-Chély d'Apcher, IDG.
- LARREY, Dominique Jean, 2004, *Mémoires et campagnes*, Paris, Tallandier, I (1812).
- LEVAVASSEUR, Octave, 1917, *Souvenirs militaires*, Paris, Plon, Nourrit & Cie.
- MARCEL, Nicolas, 2003, *Campagnes en Espagne et au Portugal 1808-1814*, Paris, Éditions du Grenadier (1913).
- MROZIŃSKI, Józef, “El asedio y la defensa de Zaragoza en 1808-1809”, *Soldados polacos...*, *ob. cit.*, p. 141-251.
- NAPOLÉON, 1864, *Correspondance impériale*, Paris, Dumaine.
- OYON, Jean-Auguste, 1997, *Campagnes et souvenirs militaires*, Paris, Teissèdre (1913-1914).
- QUANTIN, Joseph, 1823, *Trois ans de séjour en Espagne*, Paris, Brianchon, (1820).
- RATTIER, Jean Henry, 1894, «Notes d'un sergent-major», *Revue rétrospective*, XX, p. 217-288 et 322-341.
- SAND, George, 2001, *Histoire de ma vie*, Paris, Garnier-Flammarion, (1847).
- TASCHER DE LA PAGERIE, Maurice 1933, *Journal de campagne d'un cousin de l'impératrice*, Paris, Plon.
- THIRION, Auguste, 1998, *Souvenirs militaires*, Paris, Librairie des Deux Empires, (1892).

2. Estudios

- ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso, 2003, “Medios de comunicación y cultura oral en la crisis del Antiguo Régimen”, in Jesús A. Martínez Martín, *Orígenes culturales de la sociedad liberal (España siglo XIX)*, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 159-189.
- AYMES, Jean-René, 1996, “Tres médicos franceses en la guerra de España (1793-1795 y 1808-1814)”, in Alberto Gil Novales (Ed.) *Ciencia e independencia política*, Madrid, Ediciones del Orto, p. 269-295.
- 1998, “La route espagnole sous le regard des *Illustrados*: désolation et espérance”, *Les voies des Lumières, le monde ibérique au XVIIIe siècle*, Paris, Presses de la Sorbonne, p. 45-66.
- 2003, “Irun ou le passage d'un monde à un autre: l'interprétation des voyageurs français en Espagne à la fin de l'époque romantique (1843-1852)”, *Voir, comparer, comprendre. Regards sur l'Espagne des XVIIIe et XIXe siècles*, Paris, Presses de la Sorbonne, p. 235-252.
- BÉRENGER, François, 2005, “*Moranu li Franchiski!* Les vèpres siciliennes et leur traitement à travers les siècles”, in David El Kenz, *Le massacre, objet d'histoire*, Paris, Gallimard, p. 140-154.
- BUCK, Caroline, 2001, *Les mémoires de Georg Deluse (1789-1871). Sur les traces d'un habitant de Landau pris dans les tourmentes des guerres napoléoniennes*, thèse dirigée par G. Schneilin, Paris IV.
- CASTELLANO, Juan Luis, Dedieu, Jean-Pierre (Eds.), 1998, *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, Paris, CNRS.
- DAUPHIN, Cécile, 2002, “La correspondance comme objet historique: un travail sur les limites”, *Sociétés et représentations, Histoires et archives de soi*, 13, p. 45-50.
- ELIAS, Norbert, 1969, *La civilisation des mœurs*, Paris, Calmann-Lévy (1939).
- FARIAS VELASCO, Rafael, 1919, *Memorias de la Guerra de la Independencia escritas por soldados franceses*, Madrid, Editorial Hispano-Africana.
- FORREST, Alan, 2002, *Napoleon's Men. The soldiers of the Revolution and Empire*, London/New York, Hambledon & London.

- FRASER, Ronald, 2008, "Historia y mitos de la resistencia popular en la Guerra de la Independencia", in Francisco Acosta Ramírez (Ed.), *Bailén a las puertas del Bicentenario. Revisión y nuevas aportaciones. VII Jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea*, Universidad de Jaén, p. 55-67.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, 1998, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza Editorial (1992).
- HANTRAYE, Jacques, "Guerres et questions linguistiques: Français et Espagnols des guerres révolutionnaires à la campagne d'Espagne de 1823", *Bulletin Hispanique*, 107-2, 2005, p. 617-632.
- HERRERO, Isabel, GOULEMOT, Jean-Marie, 2002, "Relatos de viajes e imágenes franceses de España", in Mercè Boixareu & Robin Lefere (Eds.) *La historia de España en la literatura francesa. Una fascinación*, Madrid, Castalia, p. 303-326.
- HOCQUELLET, Richard, 2001, *Résistance et révolution durant l'occupation napoléonienne en Espagne (1808-1812)*, Paris, La Boutique de l'Histoire.
- KIENIEWICZ, Jan, 1988, "Continuité et ruptures dans la mythologie nationale polonaise: le cas de l'Espagne", in Dominique Triaire (Ed.), *Continuités et ruptures dans l'histoire de la littérature*, Paris/Genève, Champion/Slatkine, p. 167-176.
- LAFON, Jean-Marc, 2004, *Le paradoxe andalou (1808-1812). Contre-insurrection, collaboration et résistances dans le midi de l'Espagne*, tesis dirigida por el profesor J. Maurin, Montpellier III (versión editada, Nouveau Monde/Fondation Napoléon, 2007).
- 2006 a, "Les *Souvenirs* sur l'Espagne de 1808-1814, outils pour saisir la singularité du conflit?", *Trienio*, 47, p. 5-29.
- 2006 b, "Les violences sexuelles en Espagne (1808-1814): ce que révèlent les témoignages", *Bulletin Hispanique*, 108-2, p.555-575.
- 2008, "Del Dos de Mayo madrileño a los pontones de Cádiz: violencias francesas y españolas a principios de la Guerra de la Independencia", «*Baylen 1808-2008*». *Bailén: su impacto en la nueva Europa del XIX y su proyección futura*, Bailén, (en prensa).
- LEMAIRE, Jean-François, 1999, *Les blessés dans les armées napoléoniennes*, Paris, Lettrage distribution.
- MONTÓN, Juan Carlos, 1983, *La revolución armada del Dos de Mayo en Madrid*, Madrid, Ediciones Istmo.
- PÉREZ DE COLOSIA RODRÍGUEZ, María Isabel, 1988, "La Carolina en los relatos de los viajeros extranjeros", in Miguel Avilés Fernández & Guillermo Sena Medina (Eds.), *Carlos III y las "Nuevas Poblaciones"*, Universidad de Córdoba, II, p. 121-150.
- PETITEAU, Natalie, 2005, "Le territoire du soldat: identités et migrations militaires", in Frédéric Chauvaud & Jacques Péret (Ed.), *Terres marines. Études en hommage à Dominique Guilleret*, Rennes, Presses Universitaires, p. 285-291.
- PIGEARD, Alain, 2000, *L'Armée de Napoléon. Organisation et vie quotidienne*, Paris, Tallandier.